

—Sí, padre mío, haced lo que os diga messer Luca Dolci. Ya le habéis visto aquí otras veces, y debéis recordar que es un joven digno y piadoso.

Fra Mozzo estornudó. Sin duda tenía noticias más exactas relativamente á Dolci.

—Os lo mando—añadió la Marquesa.

—¿Sabéis por casualidad, reverendo padre—dijo Luca—si ha regresado de Nápoles ser Miguel Gritti?

—No; pero se le aguarda de un día á otro—contestó el fraile—para celebrar su matrimonio con la signorina Contarini.

—En ese caso, no perdamos tiempo. Adiós, prima. No me ofrecáis vuestra hermosa mano, señora; no es hora esta de enternecerse. Venid, padre.

Luca Dolci salió del palacio seguido de Fra Mozzo: en la parte inferior de la escalinata estaba amarrada una góndola, y en ella entró el joven con el fraile.

VIII.

EL INSULTO.

Luca Dolci se sentó, pensativo y silencioso; Fra Mozzo se colocó enfrente de él. El aire de la noche era frío y silbaba tristemente, viniendo del mar. La ciudad se dormía, y apenas de tiempo en tiempo alguna góndola retrasada, negra silueta con un ojo de fuego, se deslizaba por los canales. En la débil luz que reflejaba el farol en el rojo terciopelo del interior de la cámara, veía flotar Fra Mozzo, en fantástica atmósfera, las pálidas facciones de su compañero. Violento estremecimiento corrió por todos los miembros del fraile, que se caló la capucha para sustraerse á aquella aparición continua.

Desembarcaron en la ribera de los Esclavones, y Luca Dolci, haciendo sentar á su lado al fraile en una grada del muelle, comenzó á hablarle en voz baja. El gondolero no pudo oír nada de lo que le decía, pero observó que el joven mostraba con insistencia al fraile la segunda casa de la calzada; observó además, durante la conversación, que el fraile estornudó con frecuencia, lo que el gondolero atribuyó á la frialdad del aire. Al cabo de un

cuarto de hora, Fra Mozzo entró solo en la góndola.

—Al palacio Contarini—dijo Luca Dolci.

En cuanto partió la góndola, marchó Luca á la casa que había señalado tantas veces al fraile; llamó á la puerta, abrióle D. José, y entró.

No había recorrido el gondolero la mitad de la carrera, cuando le llamó el fraile.

—¿Qué ocurre, padre?—dijo el buen hombre volviéndose.

Tan lívido le pareció el rostro del fraile asomado á la ventanita de la cámara, que añadió con viveza:

—¿Estáis malo, reverendo padre?

—No, no, hijo mío—contestó Fra Mozzo;—solamente quería decirte que no vayas tan de prisa; la noche está negra como el pecado, y podría estrellarse la góndola sin poder evitarlo.

—Tranquilizaos, padre, conozco el camino—contestó el gondolero empuñando el remo.

Fra Mozzo, á pesar de que Luca nada le había dicho de sus proyectos, comprendía por infalible presentimiento de conciencia que iba á servir de instrumento á alguna obra reprobada. Su egoísmo y debilidad de carácter le sometían al ascendiente de la Marquesa y á las instrucciones de Luca,

como el buen musulmán se somete á la fatalidad; pero lo mismo que todos los caracteres enfermos de su clase, quería ganar tiempo, esperando ganar valor.

Eran las once y media (no contamos las horas venecianas por no confundir las ideas del lector) cuando llegó Fra Mozzo á la puerta del palacio Contarini. El gondolero, á quien encargó le esperase, en cuanto le vió en la escalinata, hizo fuerza de remo y se perdió en el dédalo de los canales laterales: al buen hombre no le había pagado; pero prefería la pérdida á verse mezclado en alguna aventura de mal género, como la que presentía en vista de los sospechosos movimientos de los dos pasajeros.

Un criado anciano, llamado Beppe, el mismo que había servido de confidente á Julia al principio de sus amores, acudió á abrir la puerta á Fra Mozzo. A pesar de lo avanzado de la hora, y en contra de su costumbre, Julia velaba aún, porque esperaba el próximo regreso de Miguel Gritti y quería terminar una gola á la francesa que estaba bordando para él. Enterada de que quería hablarla inmediatamente un fraile, mandó introducirle sin vacilar, y la desgracia quiso que Julia hubiese visto muchas veces á Fra Mozzo en Santa María Formosa,

de manera que le reconoció, no ocurriéndole por tanto duda alguna acerca de la sinceridad del fraile y de la verdad de su traje.

—Bien venido seáis á cualquier hora, padre mío—dijo la joven.—Tengo el sentimiento de deciros que mi tía se retiró hace ya tiempo y está durmiendo sin duda. Pero si venís para asuntos de la iglesia ó de los pobres, me agradecerá que lá despierte.

—Hija mía—contestó Fra Mozzo—me envían á vos sola, y deseo estar solo con vos.

El criado se retiró.

—Hablad, padre—dijo Julia.—¡Pero estáis temblando!..... ¿Tenéis frío?..... ¿Estáis malo? ¡Dios mío! ¿venís á anunciarme alguna desgracia?

—Sí, hija mía, una desgracia: vos lo habéis dicho.

—¡Miguel!.....—exclamó la pobre niña dando un paso hacia el fraile.

—Hija mía, poned vuestra confianza en el que no engaña jamás.

—¡En nombre del cielo de que habláis, no me atormentéis más, padre mío!..... ¡Tengo valor, con el auxilio de Dios!—¿Ha muerto ser Miguel Gritti, padre, ó me ha hecho traición?

—Os ha hecho traición, señorita, y va á morir.

Al escuchar estas palabras quedó Julia inmóvil, con los labios entreabiertos y sin poder hablar, y en seguida miró al fraile de pies á cabeza cual si buscara pretexto para dudar de su veracidad. Al fin lanzó desgarrador grito, sus lágrimas mancharon la blanca gola que tenía aún en la mano, cayó de rodillas y oró llorando durante algunos minutos con la frente en el suelo.

En seguida se levantó más tranquila.

—Ahora, padre mío—dijo—contádmelo todo.

—Hija mía—dijo Fra Mozzo temblándole todos los miembros—hace dos días que está en Venecia ser Miguel Gritti, á pesar de que lo ignoráis. Esta misma noche lo ha herido mortalmente un caballero de quien era rival con la Marquesa Onesta Giustiniani, y el pobre joven rehusa reconciliarse con el cielo, á causa de vos, hija mía, á quien dice ha ofendido mortalmente y cuyo perdón no puede ni quiere obtener. Viéndole en tan suprema miseria, su amigo el caballero Vespasiano, á quien conocéis, me envía secretamente á vos con objeto de recomendar al pecador moribundo á vuestra misericordia, que debe preceder á la de Dios.

Así habló Fra Mozzo, repitiendo rápidamente palabra por palabra el mensaje que le había confiado Luca Dolci.

Julia le escuchó con aparente calma, pero agitábanla violentos estremecimientos como si á cada momento se rompiese algo en su interior.

—Gracias, padre mío, gracias. Habéis hecho bien en venir. Os sigo. Guiadme; Beppo nos acompañará.

Julia se echó un manto sobre los hombros, y el viejo criado, sin atreverse á preguntar, salió del palacio detrás de su señora y del fraile.

—¿A dónde vamos, padre?—preguntó Julia.

—Á la ribera de los Esclavones, segunda casa de este lado. Me espera una góndola.

Pero, como sabemos, la góndola había desaparecido, y Julia no quiso despertar á los gondoleiros de su palacio, temiendo se alarmase su tía. Partió, pues, á pie, atravesando calzadas y puentes con tal precipitación, que apenas podían seguirla Beppo y Fra Mozzo. Á mitad del camino próximamente se encontraba Julia cuando creyó oír ahogado grito á cierta distancia á su espalda. Volvióse y no vió á Beppo ni á Fra Mozzo. Quiso llamar; pero tan espantosa angustia oprimía su garganta, que sus labios no pudieron articular sonidos. Entonces, mirando con terror la profunda oscuridad de calles y canales, ensordecida por la desolada voz de la brisa de media noche, la joven

sintió que se doblegaba su alma bajo el peso de su dolor, aumentado con la soledad. Solamente Dios pudo ver la mirada de profunda angustia que dirigió al cielo antes de desfallecer. Pero sin duda vió aquella mirada, porque en seguida oyó Julia ruido de pasos y vió llegar al puente en que se había parado á Beppo y al fraile, que venían corriendo.

—¿Qué ha ocurrido?—exclamó.

—Nada, nada, señorita—contestó Beppo;—he caído, y el buen padre me ha ayudado á levantar; esto nos ha retrasado un poco.

Julia emprendió entonces su rápida marcha, y pocos minutos después llamaba á la puerta de la casa de la ribera de los Esclavones, abriendo una matrona con largas tocas.

—¡Benditos sean el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, señora!—dijo la vieja;—os esperan como á la paloma del arca.

—Buena madre—preguntó Julia—¿dónde está el que me espera?

Y diciendo esto, entró, siguiéndola el fraile y Beppo.

—Por aquí, por aquí—dijo la vieja marchando con una lámpara en la mano delante de Julia, que iba recobrando la tranquilidad á medida que se

acercaba el momento más cruel; porque á los seres delicados y sensibles Dios dispensa la gracia de enviarles en las horas solemnes del peligro no sé qué paz de corazón que reemplaza y frecuentemente sobrepuja á la firmeza muscular más enérgica.

—Señora—dijo la vieja—el señor Vespasiano desea que el digno fraile entre solo con vos.

Julia hizo una señal con la mano á Beppo, que quedó en el vestíbulo, mientras que el fraile seguía á las dos mujeres.

Después de atravesar dos ó tres habitaciones, la vieja introdujo á Julia en un salón en cuyo extremo se veía una puerta cubierta con un tapiz. En aquel momento, bien por casualidad, bien de intento, la vieja dejó caer la lámpara, que se apagó. Julia sintió entonces en la oscuridad que una mano cogía la suya, y oyó una voz que creyó la de Vespasiano, decirle al oído:

—Venid, señora; á Dios gracias, aun es tiempo.

En seguida levantó aquel hombre el tapiz, abrió la puerta que estaba al extremo de la sala, y Julia se encontró de pronto en una habitación iluminada, en cuyo centro y en derredor de una mesa bebían una docena de personas entre mujeres y caballeros.

Ante aquel espectáculo la joven lanzó un grito de sorpresa y dió un paso hacia atrás; pero Luca Dolci retuvo su mano y alzando la voz:

—Amigos míos—dijo—os prometí presentaros esta noche á mi nueva querida, y aquí la tenéis: ¿qué os parece?

Murmullo de asombro contestó á la presentación, y entre los comensales circuló el nombre de Julia Contarini.

Inmóvil, reconcentrada en sí misma y con los ojos extraviados permaneció Julia durante algunos momentos sin poder hablar, hasta que de pronto dijo:

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿qué es esto?

Y volviéndose hacia Fra Mozzo, que permanecía cerca de la puerta muy inclinado á causa de la hipocresía ó de la vergüenza:

—¡Padre! contestad: ¿dónde me habéis traído?..... Pero toda esa horrible historia..... ¡mentáis!..... ¡Ay, Dios mío! ¡gracias, gracias si ese hombre ha mentado!.....

—Perdonad, señoras—dijo Luca;—esta querida niña solamente tiene un defecto: el de fingirse loca por momentos. Ninguna hay tan alegre como ella. Vamos, hermosa mía, ven á sentarte con estas señoras, y mañana lloraremos despacio.....

También tengo yo esa costumbre después de las noches de amor.

Julia se arrancó violentamente de los brazos de Luca, y le dijo mirándole frente á frente:

—¿Qué miserable loco sois vos, caballero?

—¡Vamos!—exclamó el Conde de Angelmonte desde su silla;—¡haced las paces, angelitos! ¡Ea, niña, bebed una copita para tranquilizaros, y en seguida hablaremos como amigos.

—Mirad, hija mía, todo eso es pura niñada—dijo la Dolfina con su gravedad ordinaria;—venid y sentaos aquí. ¡Por las trescientas mil! como decía Vespasiano, ¿de qué os quejáis? ¿De que tenéis aquí una docena de testigos de vuestra felicidad? Porque lo es verdaderamente, y no muy común, la de tener por amante á ese demonio, hermoso como un ángel.

—¿Qué mujer es esa?—dijo Julia.

—Sois impertinente, tesoro mío—repuso la Dolfina. — Sin embargo, á vuestra salud, porque no soy quisquillosa.

—Lo que más me divierte—dijo un caballero—es el fraile. ¿Qué diablo hace allí? Parece un caracol replegado bajo su concha. ¡Fraile, enséñanos los cuernos! ¡Bravo fraile! ¡bravo toro! como dice el español.

Y cada comensal á su vez lanzó su chiste de borracho en inmunda porfia: solamente D. José guardaba silencio.

Recobrada Julia entretanto de su primera sorpresa, comenzaba á comprender la naturaleza del lazo en que había caído; estremeciöse, y todo su cuerpo tembló ante la idea de que su sola presencia en aquella casa había de ser deshonor pública, de la que no habría otro testimonio que el suyo para disculparla ante los ojos de Miguel Gritti. Llevöse con viveza las dos manos á las sienes cual si sintiese que perdía la razón, y se precipitó hacia la puerta gritando:

—¡Beppo! ¡Beppo! ¡á mí! ¡socorro!

—¡Sangre de Belcebú! Señorita, hace un momento erais más razonable. Pero sabed que todas esas hipocresías á nadie engañan aquí. Vamos, niña—continuó diciendo Luca, mientras que Julia, aterrada, huía delante de él entre las carcajadas de los de la mesa;—vamos, no conseguiréis que me enoje (y no tengo carácter muy paciente), porque estáis encantadora con vuestro fingido terror; pero un beso de esos hermosos labios nos va á reconciliar como dos tortolillas.

Al terminar estas palabras, Luca Dolci estrechaba ya en sus brazos á la joven, que, sintiendo la

abandonaban las fuerzas, balbuceó con loco terror:

—¡Perdida!..... ¡perdida! ¡Oh, Gritti!

En aquel momento el fraile, que durante toda esta escena no había abandonado su humilde actitud, se lanzó desde el punto en que estaba, y cogiendo con la mano izquierda á Luca Dolci que le volvía la espalda, lo abofeteó con la derecha con violencia tal, que el joven, soltando su presa, fué á chocar con la cabeza contra la pared.

En seguida, pasando un brazo en derredor de la cintura de Julia, se echó atrás la capucha y mostró al que acababa de castigar y á todos los comensales, estupefactos, el noble rostro, terrible en aquel momento, de Miguel Gritti.

Transcurrió entonces un momento de profundo terror, durante el cual lloraba Julia, reclinada en el pecho de su amante. Todos los caballeros estaban en pie. Luca, apoyado en la pared, jadeante, con la boca entreabierta y silbando su aliento entre los dientes.

Miguel Gritti fué el primero que habló:

—¡Hola!—gritó;—¡caballero!

En el acto se abrió la puerta y entró el caballero Vespasiano, calado el sombrero, contra su costumbre de extrema cortesía. Cerrada la puerta, se apoyó en ella con los brazos cruzados.

—Señores—dijo Gritti—no os extrañe que llame al caballero; puesto que me encuentro en casa de un cobarde, puedo suponer que estoy en la de un asesino.

—¡Y supones bien!—exclamó Luca tirando de la espada.

Pero antes de que diese un paso, le sujetó el poderoso brazo de Vespasiano, que le cogió la mano y le quitó gravemente la espada. Don José hizo un movimiento para lanzarse en auxilio de Dolci; pero Angelmonte y otros dos ó tres caballeros le contuvieron.

—He tenido mucha paciencia—continuó diciendo Miguel Gritti—y pido humildemente perdón á esta señorita. Pero en verdad, hubiese creído ofender al cielo, que ha criado á ese hombre, si hubiese osado prever hasta qué grado de infamia llegaría. Ahora debo decir que comprendo el vicio y la corrupción y el crimen; pero de lo que acabáis de hacer, joven, no tenía yo idea. Caballero—continuó diciendo con energía—estabais de espaldas cuando os he abofeteado.....

—¡Miserable!—rugía Luca.

—Me volváis la espalda y os he abofeteado—continuó violentamente Gritti;—los que me conocen, y aquí veo más de uno, os dirán que jamás, ni

en la guerra, ni siquiera en la caza— ¡y reían de ello!—he atacado á mi enemigo por la espalda. Pero el escrúpulo que sentía ante un pagano, un bandido y hasta una fiera, no lo he sentido ante vos. ¡Para acciones como lo vuestra, la muerte no es bastante castigo! Si no hubierais sido más que criminal y feroz, juro á Dios que os hubiera rogado me mirárais á la cara antes de tocaros; pero sois vil, y por eso os he escrito esta palabra en la mejilla; os he deshonrado y marcado públicamente en el rostro. ¡Muerto ó vivo, desde este momento lleváis la infamia en la cara! Tenedlo así entendido, porque yo explico todo lo que hago. — Ahora, Vespasiano, quedaos aquí para escuchar lo que ese hombre tenga que deciros.—Venid, señorina.

Y Miguel Gritti salió de la sala, llevando, más bien que guiando, á Julia medio desmayada. Beppo se reunió á ellos, y los tres se encaminaron al palacio Contarini.

La frescura del aire ayudó poco á poco á Julia á recobrar el conocimiento, y Miguel, á quien abrumaba á preguntas, le refirió que, habiendo llegado aquella misma noche y no atreviéndose á presentarse á ella en hora tan avanzada, quiso al menos pasar bajo las ventanas del palacio. Al acercarse con Vespasiano, la vió salir con Beppo y el fraile;

asombrados é inquietos los dos caballeros, la siguieron, y pudieron interrogar á Beppo sin que ella lo notase, gracias á lo que se había adelantado. Habiendo querido huir Fra Mozzo durante la explicación, Vespasiano le rompió la cabeza con el pomo de la espada; Gritti se disfrazó con el hábito de aquel malvado, y continuó la aventura hasta el fin, habiendo conseguido con gran trabajo disimular su elevada estatura haciéndose el humilde.

En seguida Beppo, después de amordazar á la vieja, introdujo al caballero Vespasiano en la casa.

Habiendo perdido Julia el conocimiento durante la escena que siguió á la aparición de Gritti, ignoraba lo que había ocurrido, y preguntó por qué no venía con ellos Vespasiano, contestando Gritti que el caballero se había quedado en la casa para explicar el asunto á los que no estaban enterados del indigno complot de Luca.

—¿Pero ese miserable joven no querrá reparación por la afrenta que le habéis inferido?—preguntó Julia.

—No se atreverá—contestó Gritti sonriendo;—por otra parte, habréis podido observar, Julieta, que es un niño; lo desarmaría con una varilla.

No ignoraba Gritti que Luca era la mejor es-

pada de Venecia; pero no quería turbar el espíritu de la pobre niña con otra inquietud.

Habían llegado á la puerta del palacio, y los dos amantes se separaron después de hacer prometer Julia á Miguel que iría temprano á la mañana siguiente á ver á su tía y á Fiamma.

Cuando salían Julia y Gritti, el caballero Vespasiano entregó á Luca Dolce su espada con la misma gravedad que se la había quitado, y en seguida le dijo:

—Señor, en el caso de que no estéis satisfecho, tengo plenos poderes de mi amigo el noble Miguel Gritti para convenir con vos acerca de las consecuencias que queráis tenga este asunto.

—D. José—dijo Luca—hacedme el favor de arreglar este asunto con el caballero. Comprenderéis cuáles son mis deseos.

Entonces D. José dió cortésmente dos pasos hacia Vespasiano.

—¿Vuestro nombre, si os place, caballero?—le dijo.

—El caballero Vespasiano, capitán al servicio de la Serenísima República.

D. José se descubrió.

—¿Vuestro nombre, caballero?—dijo entonces Vespasiano.

—D. José de Aguilar, Duque de Frías.

—Os saludo, señor Duque—dijo el caballero descubriéndose á su vez.

—Sin duda no pensaréis, capitán—repuso don José—que este asunto pueda arreglarse con excusas.

Vespasiano sonrió sin responder.

—Supongo—continuó diciendo el joven—que serviréis de segundo á vuestro amigo, caballero, y que yo tendré el honor de sosteneros la partida.

Vespasiano sonrió otra vez y se inclinó.

—Pero—añadió D. José—habiendo sido la ofensa casi igual por las dos partes, ninguno de los dos adversarios tiene derecho para imponer condiciones. Así, pues, hablad, caballero, decidme vuestro parecer y os diré el mío, para que las cosas se arreglen amistosamente.

—Amistosamente, sea—dijo Vespasiano.—Mi parecer es que ni uno ni otro de los dos señores que representamos puede dignamente, después de lo que ha pasado, dejar el terreno hasta que el otro quede enterrado en él.

—¿Enterrado!—exclamó D. José.—¿Cómo entendéis eso de enterrado?

—Pues, enterrado, caballero.

—Muy bien—dijo D. José.—Convenido esto, falta saber cuáles son las armas, el sitio y la hora.

—¿Las armas? Creo que no hay otras dignas más que la espada y la daga.

—Lo mismo creo yo. En cuanto á la hora.....

—La salida del sol, señor Duque, me parece hora muy conveniente—contestó Vespasiano.

—Muy bien, muy bien, caballero; no me dejáis nada que desear. ¿Y en cuanto al sitio? ¿El Lido sin duda?

—¡Hum!—murmuró el caballero después de un momento de reflexión.—En el Lido se está bien; pero es paraje público, y hay tantos desocupados que pasean por la mañana, que no se podría dar cima con tranquilidad á nuestro asunto, sobre todo cuando se quiere, como queremos, llevarle hasta la sepultura inclusive. Y confieso, señor Duque, que tengo verdadero empeño en cumplir esta cláusula.

—Ya os he dicho, caballero, que la aceptamos, así como todas las condiciones, por extravagantes que sean, con que queráis adornar este combate.

—¿Extravagantes, señor Duque?—replicó Vespasiano.—Extravagantes, caballero, es una palabra que tiene en la lengua articulada el mismo puesto que en la de los gestos un puñetazo sobre

la nariz: ahora bien, monseñor puede aprender de un soldado de fortuna que cuando se ha llegado al terreno en que nos encontramos nosotros, es costumbre dejar la ofensa en el punto en que está, sin añadirle un ápice.

—Verdad es, caballero, y os ruego me excuséis—contestó D. José.—Reconozco que ese capricho que tanto os interesa me ha hecho traspasar los límites de la cortesía.

—Basta, señor Duque: caprichosa en efecto puede pareceros esta cláusula, y creo deber explicaros su significación. Monseñor no ignora que en los encuentros que suelen tener los caballeros se hieren con más frecuencia que se matan. Esto basta, sin duda, en lances ordinarios á ese tirano que se llama honor; pero ¿no os parecería risible en el caso presente, señor Duque, que los dos ofendidos sobreviviesen?

—Risible, esa es la palabra.

—Pues bien; esa probabilidad la suprime mi cláusula. Una vez enterrado uno de los dos adversarios, seguro es que está muerto, y si no lo está, peor para él.

—Positivamente—contestó D. José.—Pero supongamos que los dos caen heridos hasta el punto de no poder servirse de las armas, y sin embargo,

vivos: en este caso no es aplicable vuestra cláusula.

—Os engañáis, señor Duque. Mi cláusula, por el contrario, es muy aplicable á ese caso. En otro tiempo tuve en Nápoles una cuestión personal con un capitán de vuestro país, caballero, y ocurrió lo que acabáis de decir. Mi adversario y yo caímos gravemente heridos, pero muy vivos: entonces en el mismo terreno nos levantaron una tienda, en la que pasamos el tiempo necesario para restablecernos. Á las tres semanas continuamos nuestro interrumpido combate; y puesto que tengo el honor de hablaros en este momento, comprenderéis, señor Duque, que el cuerpo del capitán español yace en aquel punto.

—Muy bien, caballero. ¿Pero cuál es en Venecia ó fuera de Venecia el terreno que elegís?

—Tengo, señor Duque, una casa con jardín detrás de la iglesia de San Silvestre, á orillas del canal; el jardín es grande, abrigado por todos lados y decente; si no os es sospechoso porque me pertenece, lo pongo completamente á vuestra disposición.

—Á las seis de la mañana, capitán, estaremos allí. He aquí mi mano.

—He aquí la mía, señor Duque, y ¡salud á todos!

Dicho esto, Vespasiano giró sobre los talones y salió de la sala.

Los convidados, hombres y mujeres, comprendiendo que la alegría había desaparecido por aquella noche, le siguieron; y poco después Luca Dolci marchó á su casa con D. José para arreglar, según dijo, sus asuntos, pero en realidad para sustraerse al recuerdo del crimen y de la afrenta de que las paredes de aquella casa le hablaban elocuentemente.

IX.

VELANDO LAS ARMAS.

Luca y D. José caminaron en silencio, y cuando llegaron al palacio subieron sin hablar la oscura escalera adornada con los blasones de la familia. Precediales un lacayo con una antorcha en la mano, y deteniéndose en lo alto de la escalera, esperó las órdenes de su amo. Luca, en vez de dirigirse á la cámara, abrió una puerta que daba entrada á una galería corta, de arquitectura severa, llamada galería de los antepasados, por los retratos que la adornaban. Don José le siguió sorprendido, porque había observado que Luca, des-